III Trimestre de 2011
La adoración

Lección 7
13 de Agosto de 2011

La adoración en los Salmos

Gilberto G. Theiss

Los Salmos poseían, además de letras de alabanza, un significado inigualable para los pueblos de aquél tiempo. Es difícil entender la real dimensión del valor que Israel le otorgaba a esos Salmos, tal vez porque no han sido una consecuencia de nuestra propia experiencia actual. Podríamos entender mejor este hecho utilizando el ejemplo del dolor de una familia que pierde a un ser querido. Sólo podríamos entender el significado de tanto sufrimiento de dicha familia si nosotros hemos atravesado la misma experiencia. Infelizmente, la música de esas canciones se perdieron en el tiempo, y todo lo que tenemos hoy de esos salmos son apenas las letras. De cualquier modo, a través del contenido transmitido por ellas, podemos tener una somera idea de lo que representaba para el pueblo al reproducir esas canciones en nuestra propia vida.

En esta semana hacemos un recorrido por algunos de esos himnos e intentamos absorber de ellos el aprendizaje necesario de lo que permeó la alabanza y la adoración de Israel y lo que era más significativo para ellos en el acto de adorar manifestado en esos Salmos. Posiblemente nos maravillaremos con la teología, o tal vez con la sencillez de esos versos revestidos de sinceridad y el deseo de elevar a Dios su dignidad y majestad. Notaremos también que, posiblemente muchas de las palabras que brotaron en sus cantos representan muchas de nuestras propias palabras.

Lectura adicional

“Los salmos de David pasan por toda la gama de la experiencia humana, desde las profundidades del sentimiento de culpabilidad y condenación de sí hasta la fe más sublime y la más exaltada comunión con Dios. La historia de su vida muestra que el pecado no puede traer sino vergüenza y aflicción, pero que el amor de Dios y su misericordia pueden alcanzar hasta las más hondas profundidades, que la fe elevará el alma arrepentida hasta hacerle compartir la adopción de los hijos de Dios. De todas las promesas que contiene su Palabra, es uno de los testimonios más poderosos en favor de la fidelidad, la justicia y la misericordia del pacto de Dios…”

“Gloriosas fueron las promesas hechas a David y a su casa. Eran promesas que señalaban hacia el futuro, hacia las edades eternas, y encontraron la plenitud de su cumplimiento en Cristo” (*Conflicto y valor,* p. 187).

“David, en la belleza y el vigor de su juventud, se preparaba para ocupar una elevada posición entre los más nobles de la tierra. Empleaba sus talentos, como dones preciosos de Dios, para alabar la gloria del divino Dador. Las oportunidades que tenía de entregarse a la contemplación y la meditación sirvieron para enriquecerse con aquella sabiduría y piedad que hicieron de él el amado de Dios y de los ángeles. Mientras contemplaba las perfecciones de su Creador, se revelaban a su alma concepciones más claras de Dios. Temas que antes le eran obscuros, se aclaraban para él con luz meridiana, se allanaban las dificultades, se armonizaban las perplejidades, y cada nuevo rayo de luz le arrancaba nuevos arrobamientos e himnos más dulces de devoción, para gloria de Dios y del Redentor. El amor que le inspiraba, los dolores que le oprimían, los triunfos que le acompañaban, eran temas para su pensamiento activo; y cuando contemplaba el amor de Dios en todas las providencias de su vida, el corazón le latía con adoración y gratitud más fervientes, su voz resonaba en una melodía más rica y más dulce; su arpa era arrebatada con un gozo más exaltado; y el pastorcillo procedía de fuerza en fuerza, de sabiduría en sabiduría; pues el Espíritu del Señor le acompañaba” (*Patriarcas y profetas,* p. 695).

Adorad a Jehováá, nuestro Creador
Salmo 90:1, 2; 95:1-6; 100:1-5

Al contrario de lo que sucede en nuestros días, pareciera que los escritores de los Salmos no enfrentaban ningún conflicto cognitivo entre la creación y la evolución. Lo que ellos creían plenamente, sin restricciones, es que Dios es el Autor de la existencia de todas las cosas, incluso de las leyes que rigen, no sólo la naturaleza, sino que también gobiernan la conducta moral.

La fe, por más abstracta que pueda ser, es capaz de conducirnos racionalmente a las verdades más sublimes y ocultas que existen. Por ejemplo, los escritores de los Salmos, quienes enaltecieron a Dios por las maravillas de su creación, no poseían conocimientos sorprendentes, tales como los que hoy podríamos conocer. Ellos no sabían que el núcleo de una ameba es mayor que los 30 volúmenes completos de la Enciclopedia Británica. No sabían que el ADN humano, aunque es invisible a los ojos, es un universo de informaciones complejas. No conocían en detalle la paulatina división de un cigoto, la célula única que resulta de la fecundación del óvulo por un espermatozoide, que a lo largo de nueve meses se va dividiendo hasta convertirse en los 100 trillones de células que conforman los 220 tejidos del cuerpo humano de manera extraordinariamente organizada para hacer todo y que se transforme en una criatura con dos ojos, dos piernas, dos brazos, dos manos… Y todo eso encajando todo perfectamente. Pues bien, podríamos citar miles de otros ejemplos que nos dejarían asombrados, pasmados y profundamente admirados.

Esos escritores, aunque no hayan conocido tanto como sabemos hoy, no demostraron crisis de incredulidad, del tipo de si Dios realmente fue Creador o no. Esto nos sirve de gran lección para todos nosotros, pues aún poseyendo tanta luz y conocimiento, muchos aún albergan dudas en cuanto al origen de nuestra existencia. La nota fundamental de nuestro mensaje es clara. Debemos darle a Dios el lugar que le corresponde, el de Creador absoluto de todas las cosas. Aún cuando la ciencia sostenga posturas en contra de las verdades reveladas en la Biblia, persisten en el error por una cuestión de pura interpretación. Los mismos descubrimientos que utilizan para quitarle mérito a la existencia de Dios y su acto creador, es el descubrimiento que naturalmente puede ser interpretado a favor de la existencia de Dios y su acto Creador. Todo depende simplemente de

los conceptos previos. El salmista no poseía una fe ciega, demostrabas una convicción racional, pues todo lo que existe determina con indecible solidez que lo que existe no pudo haber llegado a la existencia cuando no existía. Para las mentes sensatas, eso significa que Dios existe, y no hay nada más por decir.

Lecturas adicionales

“El deber de adorar a Dios estriba en la circunstancia de que él es el Creador, y que a él es a quien todos los demás seres deben su existencia. Y cada vez que la Biblia presenta el derecho de Jehová a nuestra reverencia y adoración con preferencia a los dioses de los paganos, menciona las pruebas de su poder creador. ‘Todos los dioses de los pueblos son ídolos; mas Jehová hizo los cielos’ (Salmo 96:5). ‘¿A quién pues me compararéis, para que yo sea como él? dice el Santo. ¡Levantad hacia arriba vuestros ojos, y ved! ¿Quién creó aquellos cuerpos celestes?’ ‘Así dice Jehová, Creador de los cielos (él solo es Dios), el que formó la tierra y la hizo... ¡Yo soy Jehová, y no hay otro Dios!’ (Isaías 40:25, 26; 45:18, V.M.). Dice el salmista: "Reconoced que Jehová él es Dios: él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos’. ‘¡Venid, postrémonos, y encorvémonos; arrodillémonos ante Jehová nuestro Hacedor!’ (Salmos 100:3; 95:6, V.M.). Y los santos que adoran a Dios en el cielo dan como razón del homenaje que le deben: ‘¡Digno eres tú, Señor nuestro y Dios nuestro, de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas!’ (Apocalipsis 4:11, V.M.)” (*El conflicto de los siglos,* p. 489).

“Dice el salmista: ‘Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje ni palabras, ni es oída su voz’ (Salmo 19:1-3). Algunos quizá supongan que estas grandes cosas del mundo natural son Dios. No son Dios. Todas esas maravillas de los cielos tan solo están haciendo la obra que les ha sido señalada. Son los instrumentos de Dios. Dios es quién vigila la marcha de todas las cosas, así como fue su Creador. El Ser Divino se ocupa en sostener las cosas que ha creado. La misma mano que sostiene y equilibra las montañas en su posición, guía los mundos en su misteriosa marcha alrededor del sol”.

“Apenas si hay alguna función de la naturaleza a la que no encontremos una referencia en la Palabra de Dios. La Palabra declara que -hace salir su sol- , y hace descender la lluvia (Mateo 5:45). -Hace a los montes producir hierba-. ‘Da la nieve como lana, y derrama la escarcha como ceniza. Echa su hielo como pedazos;... enviará su palabra, y los derretirá; soplará su viento, y fluirán las aguas’ (Salmo 147:8, 16- 18). ‘Hace los relámpagos para la lluvia; saca de sus depósitos los vientos’ (Salmo 135:7). Estas palabras de las Sagradas Escrituras no dicen nada de la independencia de las leyes de la naturaleza. Dios proporciona la materia y las propiedades con las cuales lleva a cabo sus planes. Emplea sus instrumentos para que pueda florecer la vegetación. Envía el rocío, la lluvia y la luz del sol para que brote el verdor y extienda su tapiz sobre la tierra; para que los arbustos y los árboles frutales puedan retoñar y florecer y dar frutos. No se ha de suponer que es puesta en movimiento una ley para que la semilla obre por sí misma, para que aparezca la hoja porque así debe hacerlo por sí misma. Dios tiene leyes que ha instituido, pero éstas son sólo siervos mediante los cuales él logra los resultados. Mediante los agentes inmediatos de Dios, cada semillita se abre paso a través de la tierra y brota a la vida. Crece cada hoja, florece cada flor, por el poder de Dios”. (*Mensajes selectos,* tomo 1, p. 345, 346).

Juicio desde su Santuario

Daniel 7:9; 10, 13, 14, 25, 26

En cierta oportunidad, un hombre fue juzgado y condenado por un crimen horrible. Su pena no pudo ser otra que cadena perpetua. Diez años después de su condena, fue asesinado fríamente en la prisión. Pero, poco tiempo después de su muerte, salió a la luz una noticia increíble: el hombre era inocente. Injusticias como esa y otras más pueden estar ocurriendo todos los días en nuestro mundo y, desgraciadamente, la única reacción que podemos tener ante tales atrocidades es el simple silencio.

En el libro de los Salmos, en particular en el Salmo 73, escrito por Asaf, se presentan las injusticias cometidas contra los justos y limpios de corazón, mientras que los impíos que hablan engaño son revestidos de prosperidad y facilidad. Asaf confiesa que sus pies casi resbalaron por contemplar la prosperidad de los impíos y, en contrapartida, el desgaste y el sufrimiento de los justos. Pero a partir del versículo 16, él describe la realidad de lo que le sucederá a los impíos en el juicio y la victoria de los que han sido oprimidos. Asaf percibió que la gran diferencia existente entre los justos y los impíos, tanto aquí en la tierra, en un contexto de pecado en relación al día del juicio.

El pedido de justicia no sólo aflora en los discursos de los salmistas, sino también en los labios de muchos cristianos de hoy. La justicia se ha convertido prácticamente en un mito en nuestros días, y esto se debe al hecho de, justamente, estar tan distantes de ella. La práctica de la injusticia está cada vez más exacerbada y sin absolutamente ningún cargo de conciencia. La injusticia se ha convertido en algo tan común que, en caso de que alguien resuelve practicar un acto de justicia, es tratado de manera extraña. Queriéndolo o no, todos los seres humanos tendrán, algún día, que enfrentar el tribunal divino, donde toda práctica injusta será condenada. Dios hará, –podríamos expresarlo así– el juicio más perfecto y justo que alguna vez haya existido desde la entrada del pecado en el mundo. Por esa razón, podemos permanecer en paz y tranquilos, porque todos seremos reivindicados en este tribunal.

Lecturas adicionales

“Dios permite que los malvados prosperen y manifiesten su enemistad contra él, para que cuando hayan llenado la medida de su iniquidad, iodos puedan ver la justicia y la misericordia de Dios en la completa destrucción de aquéllos. Pronto llega el día de la venganza del Señor, cuando todos los que hayan transgredido su ley y oprimido a su pueblo recibirán la justa recompensa de sus actos; cuando todo acto de crueldad o de injusticia contra los fíeles de Dios será castigado como si hubiera sido hecho contra Cristo mismo” (*El conflicto de los siglos,* p. 52).

“Hay momentos, cuando los siervos de Dios que enfrentan la adversidad y las penas, se desaniman y desalientan. Al comparar sus circunstancias con la prosperidad de aquellos que no piensan en las cosas eternas, se sienten, agraviados y comienzan a murmurar y reprocharse su suerte. Parecen considerar que Dios está bajo la obligación de bendecirlos y prosperarlos. Cuando enfrentan pruebas, entonces se tornan rebeldes y miran con envidia a los impíos que florecen en medio de su iniquidad, y hasta les parece que la condición de ellos es preferible a la propia. Estos pensamientos de amargura son traídos a la mente por el engañador de la humanidad. El se deleita en producir rebelión en los corazones de los hijos de Dios porque sabe que los debilita y los transforma en una fuente de deshonra para su Dios. Quiere que piensen que es en vano servir a Dios, por-

que los que no toman en cuenta los reclamos del cielo son más favorecidos que los que se esfuerzan por obedecer los mandamientos de Dios”.

“El salmista David tuvo esta experiencia. Cuando vio la condición floreciente de los malvados, tuvo envidia de sus éxitos, y dijo: ‘He aquí estos impíos, sin ser turbados del mundo, alcanzaron riquezas. Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia; pues he sido azotado todo el día, y castigado todas las mañanas’ (Salmo 73:12-14). Pero cuando fue al santuario y entró en comunión con Dios, ya no deseaba la suerte de los malvados porque se dio cuenta que sus placeres eran efímeros y su destrucción finalmente llegaría. Entonces su espíritu rebelde se inclinó en humilde sumisión a Dios y su envidia no tuvo más lugar en su corazón. Declaró: ‘Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria’ (versículo 24)”.

“Se dio cuenta que el ser guiado por el Señor era de un valor más infinito que la prosperidad temporal del mundo, porque el camino del Señor guía los pasos por sendas de justicia que llevan a la gloria eterna” (*Signs of the Times,* 3 de febrero, 1888).

“Como las bestias que perecen”
Salmo 49

En cierta oportunidad, un joven se cruzó en mi camino para desahogarse diciendo que no lograba ser feliz en esta tierra. Rápidamente le respondí que ella no era la única persona que se sentía de ese modo. Hay miles, o millones, de personas que todos los días tienen que sobrellevar la carga de alguna clase de sufrimiento. Pareciera que el dolor, ya sea físico o emocional, nos persigue constantemente. Ni siquiera los ricos escapan de estos infortunios. Sólo el hecho de no poseer seguridad y de ser el posible blanco de atracos, eso ya les cuesta mucho dinero. En rigor de verdad, no podemos ser felices en el medio en el que vivimos. En caso de que pudiéramos lograr la felicidad en este mundo o con las cosas que nos rodean, podríamos fácilmente olvidar las promesas de un mundo mejor. Cuanto más felices seríamos aquí, más nos acostumbraríamos a este lugar y cuanto más arraigadas estuvieran las raíces de nuestros sueños a esta tierra, más distantes nos encontraríamos de Dios.

A nadie le gusta el sufrimiento, y mucho menos los infortunios de la vida, pero es necesario que entendamos que a veces nos acostumbramos tanto a la miseria de esta tierra que nos olvidamos de los valores eternos que nos han sido prometidos. Es muy fácil apegarnos a cosas, objetos, personas y sueños de este mundo, y si fuera realmente así en nuestra vida, corremos el riesgo de ser destruidos junto a ellos. Otros buscan refugio y amparo, y tal vez hasta la salvación en alguna cosa de esta tierra. Si el sacrificio no fue suficiente, ¡entonces nada más lo será! Si el amor de Dios no es nuestro amparo, ¿qué otra cosa podría serlo? Si la bondad de Dios no estuviera a nuestro cuidado, ¡nada más lo sería! Si las promesas de un mundo mejor no son nuestra esperanza para todos los días, ¡ninguna otra cosa lo es!

Lecturas adicionales

“Dios nos muestra que llegará el momento cuando se invertirá la situación del rico que no depende de Dios y del pobre que sí depende de él. Los que carecen de los bienes de este mundo, pero que son pacientes y sufridos, y confían en Dios, serán exaltados un día por encima de muchos que ocupan los más elevados cargos que este mundo puede ofrecer”.

“Dios no trata con nosotros como lo hace el hombre. Dio a su Hijo con inmenso sacrificio para lograr que entremos a su servicio, y con él nos dio todo el cielo. Lo hizo para mostrarnos cuánto valor asigna a los seres que creó” (*Cada día con Dios*, p. 183).

“El mundo favorece a los ricos y los considera de mayor valor que el honrado hombre pobre; pero los ricos están desarrollando su carácter de acuerdo con la forma como utilizan los dones que se les han confiado. Están poniendo en evidencia si será seguro o no confiarles las riquezas eternas. Tanto los pobres como los ricos están decidiendo su destino eterno y probando si son súbditos idóneos para la herencia de los santos en luz. Los que destinan sus riquezas a un uso egoísta en este mundo están revelando atributos de carácter que demuestran lo que harían si tuvieran mayores ventajas, y si poseyeran las riquezas imperecederas del reino de Dios. Los principios egoístas ejercidos en la tierra no son los principios que prevalecerán en el cielo. Todos los hombres están en un plano de igualdad en el cielo…”.

“¿Por qué se llama a las riquezas un inicuo Mamón? Es porque Satanás utiliza los tesoros mundanales para entrampar, seducir y engañar a las almas, con el fin de llevarlas a la ruina. Dios ha dado instrucciones acerca de la manera como se deben utilizar sus bienes para aliviar las necesidades de la humanidad sufriente, para promover su causa, para edificar su reino en el mundo, para enviar misioneros a las regiones lejanas y para proclamar el conocimiento de Cristo en todas partes del mundo. Si los medios que Dios ha confiado no se emplean en esa forma, ¿no juzgará Dios debido a esas cosas? Se deja que las almas perezcan en sus pecados mientras los miembros de iglesia que pretenden ser cristianos están utilizando los recursos sagrados de Dios en la gratificación de apetitos impíos y en la complacencia del yo” (*Consejos sobre mayordomía cristiana*, pp. 139, 140).

La adoración y el Santuario
Salmo 141:2; Hebreos 10:1-13

El santuario es la más fuerte evidencia teológica de la verdadera adoración. Sus detalles en lo que respecta a los principios que orientaban toda la experiencia de la adoración son una clara revelación acerca de cómo debemos proceder con Dios y con su Palabra. Es curioso notar que el santuario puede ser considerado como un puente que establece un contacto directo con verdades sublimes y e importantes. En rigor de verdad, la doctrina del santuario es la base de toda y cualquier verdad expresada en la Biblia. Es como si fuera una maqueta de todo el plan de redención y de los valores, principios y verdades que le dan un rumbo exacto a los planes de Dios para el hombre caído. Podríamos usar la rueda de una bicicleta para ejemplificar su valor aplicando el eje de la rueda como el santuario, los rayos serían las doctrinas mientras que la llanta sería la iglesia. Si uno de los rayos se quiebra, eso significaría un perjuicio para la rueda, pero si el eje (el santuario) se quiebra, la destrucción de toda la rueda (iglesia) sería fatal. En cierto día, un disidente me escribió que si fuéramos capaces de destruir la doctrina del santuario, fácilmente el movimiento adventista se destruiría.

Si miramos atentamente al santuario, notaremos que el centro de él era el sacrificio de los corderos. Jesús, el verdadero Cordero que quita el pecado el mundo es el centro de toda la estructura del Santuario. Está presente en cada figura o símbolo en el Templo sagrado. Él es el agua, Él es el pan, Él es el incienso, Él es el sacerdote y el sumo sacerdote, Él es el sacrificio, en fin, Jesús es la esencia de todo el plan de Dios para resca-

tar al hombre culpable. Todo allí representa a Cristo y absolutamente nada puede desviarse de ese centro. Una vez comprendido el valor y el significado de esta importante doctrina, podemos llegar a la conclusión de que los valores y principios –incluidos el de la adoración y la alabanza comprendidos en el santuario– también son importantes y tienen mucho para decirnos hoy. Así como en el antiguo santuario, nosotros nos allegamos ante la presencia de Dios para adorarlo. Infelizmente, muchos hoy están intentando transformar los cultos de la iglesia en un lugar de entretenimiento y encuentro social, lo que hace que se desvíen totalmente del verdadero propósito de nuestra presencia allí. Recordemos que no vamos a la iglesia para participar de un culto, sino que entramos ante la presencia de Dios para ofrecerle culto a Él. Por eso, Jesús debe ser la razón de nuestra devoción y sumisión total.

Lecturas adicionales

"La ley de Dios, guardada como reliquia dentro del arca, era la gran regla de la rectitud y del juicio. Esa ley determinaba la muerte del transgresor; pero encima de la ley estaba el propiciatorio, donde se revelaba la presencia de Dios y desde el cual, en virtud de la expiación, se otorgaba perdón al pecador arrepentido. Así, en la obra de Cristo en favor de nuestra redención, simbolizada por el servicio del santuario, 'la misericordia y la verdad se encontraron: la justicia y la paz se besaron' (Salmo 85:10)".

"No hay palabras que puedan describir la gloria de la escena que se veía dentro del santuario, con sus paredes doradas que reflejaban la luz de los candeleras de oro, los brillantes colores de las cortinas ricamente bordadas con sus relucientes ángeles, la mesa y el altar del incienso refulgentes de oro; y más allá del segundo velo, el arca sagrada, con sus querubines místicos, y sobre ella la santa '*shekinah'*, manifestación visible de la presencia de Jehová; pero todo esto era apenas un pálido reflejo de las glorias del templo de Dios en el cielo, que es el gran centro de la obra que se hace en favor de la redención del hombre" (*Patriarcas y profetas,* p. 361).

"Todos los que servían en relación con el santuario eran educados constantemente acerca de la intervención de Cristo a favor de la raza humana. Ese servicio tenía el propósito de crear en cada corazón amor por la ley de Dios, que es la ley del reino divino. Las ofrendas de sacrificios habían de ser una lección objetiva del amor de Dios revelado en Cristo: en la víctima doliente, moribunda, que tomó sobre sí el pecado del cual era culpable el hombre, haciéndose pecado el Inocente por nosotros" (*Mensajes selectos*, tomo 1, p. 274).

"No sea que olvidemos"

Salmo 78, 105, 106; Deuteronomio 6:6-9; 1 Corintios 10:11

La historia forma parte de nuestra vida, ya sea la pasada, la presente o la futura. La historia de la iglesia en el pasado, y la historia de Israel, por más que no hayamos participado de ella, reflejan las entrañas o el cordón umbilical de nuestra propia existencia. En otras palabras, es también nuestra historia. Un pueblo sin pasado es un pueblo sin existencia o sin identidad. Lo que nos hace ser lo que somos hoy es exactamente lo que hemos sido en el pasado. Sin embargo, lo más importante en este hecho es que Dios estuvo presente en todo momento de la historia de su pueblo. Cuando miramos hacia el pasado para ver las intervenciones de Dios en favor de sus hijos, podemos entender nítidamente de qué modo Él puede intervenir en nuestras vidas hoy.

Dios preservó algunos de los hechos pasados para que los conozcamos bien. Su carácter y su cuidado se evidencian claramente en esos relatos. Para los que consideran a Dios como una especie de tirano, pueden mirar a la Historia y notar que realmente fue compasivo y lleno de bondad y amor. Su compasión y misericordia pueden notarse desde el comienzo hasta el final. Dios podría haber lanzado a este mísero planeta a uno de los confines del universo para nunca más traerlo a su memoria, pero no fue lo que Él hizo. Prefirió no escatimar su propia vida para ofrecernos a nosotros algo que no merecemos. ¿No alcanza eso para probar cuánto hemos sido agraciados con su bondad? Si esta realidad no es capaz de sacer de nosotros la más profunda certeza del amor divino, entonces nada más lo será.

No podemos olvidar nunca que el Dios que fue capaz de ofrecer su propia vida por nosotros, colgado en una cruz entre el cielo y la tierra, es el mismo Dios que hoy promete retornar para hacer realidad sus promesas de eternidad y gloria para aquellos que le aman. Reflexiona en eso.

Lectura adicional

“Por varios medios el Señor ha querido preservar el conocimiento de su relación con los hijos de los hombres. Moisés, antes de morir, repitió a Israel los eventos más importantes de su historia y, a pedido de Dios, los escribió en sagrados textos para que las generaciones que vendrían pudieran repasar las gloriosas escenas de los triunfos de Israel, las asombrosas manifestaciones de su infinita majestad y poder, los divinos requerimientos y las amenazas y promesas, todo, envuelto en la belleza de la genialidad poética, para que la historia del trato de Dios con Israel no apareciera aburrida o repulsiva sino atractiva y entretenida”.

“Se le requirió a Israel aprender de memoria esa historia poética y enseñársela a sus hijos y a los hijos de sus hijos. La congregación debía cantarla cuando se reunieran para el culto y entonarla cuando se dirigieran a sus trabajos cotidianos. Estas canciones no solamente eran históricas sino proféticas; registraban el maravilloso trato de Dios con su pueblo en el pasado y predecían los grandes eventos del futuro y la victoria final de los fieles cuando Cristo aparecería por segunda vez con poder y gloria”.

“A los padres se les requería repetir estas palabras a sus hijos para que sus mentes susceptibles se impresionaran y nunca más las olvidaran [se cita Deuteronomio 31:19-21]” (*Signs of the Times,* 26 de mayo, 1881).



Gilberto G. Theiss

Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©